

engañados de la esperanza que se les representa, que con poco mas que estiren, llegarán al suelo (1).

---



---

### CAPÍTULO XLIV.

*Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta.*

EN efeto fuéron tantas las voces que Don Quixote dió, que abriendo de presto las puertas de la venta, salió el ventero desparovido á ver quien tales gritos daba, y los

---

(1) Otros dos casos semejantes á este, el uno fingido como el de Don Quixote, y el otro verdadero, se refieren tambien. El fingido le sucedió á Virgilio, de quien se dice falsamente que era dado al estudio de la magia, y que una muger, con quien quiso disputar en Roma, y á quien tenia afición, le engañó, y en virtud de un encanto mas poderoso le hizo baxar por una torre, metido en una cesta, dexándole colgado á la mitad de ella á vista del pueblo romano, como dice Gracian du Pont. (*Controversias del sexo femenino y masculino*, citadas por el autor del Gran Diccionario Crítico, V. *Virgilio*.) El verdadero sucedió á mosen Bernat (ó Don Bernardo) de Cabrera, gran privado del rey Don Pedro de Aragon, que estando preso, y sin

que estaban fuera, hicieron lo mesmo. Maritórnes, que ya habia despertado á las mesmas voces, imaginando lo que podia ser, se fué al pajar y desató sin que nadie lo viese el cabestro que á Don Quixote sostenia, y él dió luego en el suelo á vista del ventero y de los caminantes, que llegando á él, le preguntáron, que tenia

---

perjuicio de la causa, dispusieron hacerle una afrentosa burla por medio de una muger con quien tenia amistad; y así con acuerdo de la Justicia y del carcelero le descolgaron por la torre de la prision, y le dexaron suspenso á la mitad de ella. Cuenta este suceso Alonso Martinez de Toledo, arcipreste de Talavera, y capellan de Don Juan II, en el *Corvacho*, ó *Libro de los vicios de las malas mugeres*, donde advierte, que él vio en sus dias infinitos hombres, y aun hembras, que vieron á mosen Bernat. (P. I, cap. 18.)..... Pensando (prosigue) que la muger no le engañaria, creyola, é toma una sogá que ella le envió, y el que le guardaba dióle lugar á todo, é dexole limar el cerrojo de la ventana, é abriola, é al primer sueño salió por la ventana, é comenzo á descender por la torre abaxo, y en medio de la torre tenia una red de esparto gruesa abierta (que alla la llaman xabega) con sus artificios, y quando fue dentro en la red, cerraronla, y cortaron las cuerdas que estaban de alto en la ventana, y así quedó allí colgado hasta otro dia en la tarde, que le llevaron de allí sin comer ni beber, é todo el pueblo de la cibdad é de fuera della, sus amigos y enemigos, le vieron, y oinieron á ver allí donde estaba en jubon, como Virgilio. Pudiera dudarse si Cervantes tuvo presente alguno de estos dos casos para advertir tambien al lector de los engaños del amor profano.

que tales voces daba. Él sin responder palabra, se quitó el cordel de la muñeca, y levantándose en pie, subió sobre Rocinante, abrazó su adarga, enristró su lanzon, y tomando buena parte del campo, volvió á medio galope, diciendo: qualquiera que dixere, que yo he sido con justo título encantado, como mi señora la Princesa Micomicóna me dé licencia para ello, yo le desmiento, le rieto y desafío á singular batalla. Admirados se quedaron los nuevos caminantes de las palabras de Don Quixote; pero el ventero les quitó de aquella admiracion, diciéndoles que era Don Quixote, y que no había que hacer caso dél, porque estaba fuera de juicio. Preguntáronle al ventero, si acaso había llegado á aquella venta un muchacho de hasta edad de quinze años, que venia vestido como mozo de mulas, de tales y tales señas, dando las mesmas que traia el amante de Doña Clara. El ventero respondió, que había tanta gente en la venta, que no había echado de ver en el que preguntaban; pero habiendo visto uno dellos el coche donde había venido el Oidor, dixo: aquí debe de estar sin duda, porque este es el coche que él dicen que

sigue: quédese uno de nosotros á la puerta, y entren los demas á buscarle, y aun sería bien, que uno de nosotros rodease toda la venta, porque no se fuese por las bardas de los corrales. Así se hará, respondió uno dellos, y entrándose los dos dentro, uno se quedó á la puerta y el otro se fué á rodear la venta: todo lo qual veia el ventero, y no sabia atinar para que se hacian aquellas diligencias, puesto que bien creyó que buscaban aquel mozo cuyas señas le habían dado. Ya á esta sazón aclaraba el dia, y así por esto como por el ruido que Don Quixote había hecho, estaban todos despiertos y se levantaban, especialmente Doña Clara y Dorotea, que la una con el sobresalto de tener tan cerca á su amante, y la otra con el deseo de verle, habían podido dormir bien mal aquella noche. Don Quixote, que vió que ninguno de los quatro caminantes hacia caso de él, ni le respondian á su demanda, moria y rabiaba de despecho y saña: y si él hallara en las ordenanzas de su caballería, que lícitamente podia el caballero andante tomar y emprender otra empresa, habiendo dado su palabra y fe de no ponerse en ninguna,

hasta acabar la que habia prometido, él embistiera con todos, y les hiciera responder mal de su grado; pero por parecerle no convenirle, ni estarle bien comenzar nueva empresa, hasta poner á Micomicona en su Reyno, hubo de callar y estarse quedo, esperando á ver en que paraban las diligencias de aquellos caminantes: uno de los quales halló al mancebo que buscaba, durmiendo al lado de un mozo de mulas, bien descuidado de que nadie ni le buscase, ni ménos de que le hallase. El hombre le trabó del brazo, y le dixo: por cierto, señor Don Luis, que respondé bien á quien vos sois el hábito que teneis, y que dice bien la cama en que os hallo, al regalo con que vuestra madre os crió. Limpióse el mozo los soñolientos ojos, y miró despacio al que le tenia asido, y luego conoció que era criado de su padre, de que recibió tal sobresalto, que no acertó, ó no pudo hablarle palabra por un buen espacio, y el criado prosiguió diciendo: aquí no hay que hacer otra cosa, señor Don Luis, sino prestar paciencia, y dar la vuelta á casa, si ya vuestra merced no gusta que su padre y mi señor la dé al otro mundo,

do, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia. ¿Pues como supo mi padre, dixo Don Luis, que yo venia este camino y en este traje? Un estudiante, respondió el criado, á quien distes cuenta de vuestros pensamientos, fué el que lo descubrió, movido á lástima de las que vió que hacia vuestro padre al punto que os echó ménos, y así despachó á quatro de sus criados en vuestra busca, y todos estámos aquí á vuestro servicio, mas contentos de lo que imaginar se puede, por el buen despacho con que tornaremos, llevándoos á los ojos que tanto os quieren. Eso será como yo quisiere, ó como el cielo lo (o) ordenare, respondió Don Luis. ¿Que habeis de querer, ó que ha de ordenar el cielo fuera de consentir en volveros? porque no ha de ser posible otra cosa. Todas estas razones que entre los dos pasaban, oyó el mozo de mulas junto á quien Don Luis estaba, y levantándose de allí, fué á decir lo que pasaba á Don Fernando y á Cardenio, y los demas que ya vestido se habian, á los quales dixo, como aquel hombre llamaba de *Don* á aquel muchacho, y las razones que pasaban, y

como le queria volver á casa de su padre, y el mozo no queria: y con esto, y con lo que dél sabian de la buena voz que el cielo le habia dado, viniéron todos en gran deseo de saber mas particularmente quien era, y aun de ayudarle, si alguna fuerza le quisiesen hacer, y así se fuéron hácia la parte donde aun estaba hablando y porfiando con su criado. Salia (r) en esto Dorotea de su aposento, y tras ella Doña Clara toda turbada, y llamando Dorotea á Cardenio aparte, le contó en breves razones la historia del músico y de Doña Clara, á quien él tambien dixo lo que pasaba de la venida á buscarle los criados de su padre, y no se lo dixo tan callando, que lo dexase de oír Doña Clara, de lo que quedó tan fuera de sí, que si Dorotea no llegara á tenerla, diera consigo en el suelo. Cardenio dixo á Dorotea que se volbiesen al aposento, que él procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hicieron. Ya estaban todos los quatro que venian á buscar á Don Luis dentro de la venta y rodeados dél, persuadiéndole que luego sin detenerse un punto, volviere á consolar á su padre. El respondió, que en ninguna manera lo podia

hacer, hasta dar fin á un negocio en que le iba la vida, la honra y el alma. Apretáronle entónces los criados, diciéndole que en ningun modo volverian sin él, y que le llevarian, quisiese, ó no quisiese. Esto no haréis vosotros, replicó Don Luis, sino es llevándome muerto, aunque de qualquiera manera que me lleveis, será llevarme sin vida. Ya á esta sazón habian acudido á la porfía todos los mas que en la venta estaban, especialmente Cardenio, Don Fernando, sus camaradas, el Oidor, el Cura, el Barbero y Don Quixote, que ya le pareció que no habia necesidad de guardar mas el castillo. Cardenio, como ya sabia la historia del mozo, preguntó á los que llevarle querian; que les movia á querer llevar contra su voluntad aquel muchacho? Muévenos, respondió uno de los quatro, dar la vida á su padre, que por la ausencia deste caballero queda á peligro de perderla. Á esto dixo Don Luis: no hay para que se dé cuenta aquí de mis cosas, yo soy libre, y volveré si me diere gusto, y si no, ninguno de vosotros me ha de hacer fuerza. Harásela á vuestra merced la razon, respondió el hombre, y quando ella no bastare con vues-

tra merced, bastará con nosotros para hacer á lo que venimos, y lo que somos obligados. Sepamos que es esto de raiz, dixo á este tiempo el Oidor; pero el hombre que le conoció, como vecino de su casa, respondió: ¿no conoce vuestra merced, señor Oidor, á este caballero que es el hijo de su vecino, el qual se ha ausentado de casa de su padre, en el hábito tan indecente á su calidad, como vuestra merced puede ver? Miróle entonces el Oidor mas atentamente y conocióle, y abrazándole dixo: ¿que niñerías son estas, señor Don Luis, ó que causas tan poderosas, que os hayan movido á venir desta manera, y en este trage que dice tan mal con la calidad vuestra? Al mozo se le viniéron las lágrimas á los ojos, y no pudo responder palabra al Oidor, el qual dixo á los quatro, que se sosegasen, que todo se haria bien, y tomando por la mano á Don Luis le apartó á una parte, y le preguntó que venida habia sido aquella. Y en tanto que le hacia esta y otras preguntas, oyéron grandes voces á la puerta de la venta, y era la causa dellas, que dos huéspedes que aquella noche habian alojado en ella, vien-

do á toda la gente ocupada en saber lo que los quatro buscaban, habian intentado á irse sin pagar lo que debian; mas el ventero, que atendia mas á su negocio que á los agenos, les asió al salir de la puerta, y pidió su paga, y les afeó su mala intencion con tales palabras, que les movió á que le respondiesen con los puños: y así le comenzáron á dar tal mano, que el pobre ventero tuvo necesidad de dar voces, y pedir socorro. La ventera y su hija no vieron á otro mas desocupado para poder socorrerle, que á Don Quixote, á quien la hija de la ventera dixo: socorra vuestra merced, señor caballero, por la virtud que Dios le dió, á mi pobre padre, que dos malos hombres le están moliendo como á cibera. Á lo qual respondió Don Quixote muy de espacio y con mucha flema: hermosa doncella, no ha lugar por ahora vuestra peticion, porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura en tanto que no diere cima á una en que mi palabra me ha puesto; mas lo que yo podré hacer por serviros, es lo que ahora diré: corred y decid á vuestro padre, que se entretenga en esa batalla lo mejor que pudiere, y que no se dexé vencer en

ningun modo, en tanto que yo pido licencia á la Princesa Micomicona para poder socorrerle en su cuita, que si ella me la da, tened por cierto que yo le sacaré della. ¡Pecadora de mí! dixo á esto Maritórnes, que estaba delante: primero que vuestra merced alcance esa licencia que dice, estará ya mi señor en el otro mundo. Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo, respondió Don Quixote, que como yo la tenga, poco hará al caso que él esté en el otro mundo, que de allí le sacaré á pesar del mesmo mundo que lo contradiga, ó por lo ménos, os daré tal venganza de los que allá le hubieren enviado, que quedéis mas que medianamente satisfechas: y sin decir mas se fué á poner de hinojos ante Dorotea, pidiéndole con palabras caballerescas y andantescas, que la su grandeza fuese servida de darle licencia de acorrer y socorrer al Castellano de aquel castillo, que estaba puesto en una grave mengua. La Princesa se la dió de buen talante, y él luego, embrazando su adarga, y poniendo mano á su espada, acudió á la puerta de la venta, adonde aun todavía traian los dos huéspedes á mal traer al ventero; pero así

como llegó, embazó y se estuvo quedo, aunque Maritórnes y la ventera le decian, que en que se detenia, que socorriese á su señor y marido. Deténgome, dixo Don Quixote, porque no me es lícito poner mano á la espada contra gente escuderial; pero llamadme aquí á mi escudero Sancho, que á él toca y atañe esta defensa y venganza. Esto pasaba en la puerta de la venta, y en ella andaban las puñadas y mogicones muy en su punto, todo en daño del ventero y en rabia de Maritórnes, la ventera y su hija, que se desesperaban de ver la cobardía de Don Quixote, y de lo mal que lo pasaba su marido, señor, y padre. Pero dexémosle aquí, que no faltará quien le socorra, ó si no sufra y calle el que se atreve á mas de á lo que sus fuerzas le prometen, y volvámonos atras cincuenta pasos á ver que fué lo que Don Luis respondió al Oidor, que le dexámos aparte, preguntándole la causa de su venida á pie y de tan vil trage vestido: á lo qual el mozo, asiéndole fuertemente de las manos, como en señal de que algun gran dolor le apretaba el corazon, y derramando lágrimas en grande abundancia, le dixo: señor mio, yo no

sé deciros otra cosa sino que desde el punto que quiso el cielo, y facilitó nuestra vecindad, que yo viese á mi señora Doña Clara, hija vuestra y señora mia, desde aquel instante la hice dueño de mi voluntad: y si la vuestra, verdadero señor y padre mio, no lo impide, en este mesmo dia ha de ser mi esposa. Por ella dexé la casa de mi padre, y por ella me puse en este traje, para seguirla donde quiera que fuese, como la saeta al blanco, ó como el marinero al norte. Ella no sabe de mis deseos mas de lo que ha podido entender de algunas veces, que desde léjos ha visto llorar mis ojos. Ya señor, sabeis la riqueza y la nobleza de mis padres, y como yo soy su único heredero: si os parece que estas son partes para que os aventureis á hacerme en todo venturoso, recebidme luego por vuestro hijo, que si mi padre, llevado de otros designios suyos, no gustare deste bien que yo supe buscarme, mas fuerza tiene el tiempo para deshacer y mudar las cosas, que las humanas voluntades. Calló en diciendo esto el enamorado mancebo, y el Oidor quedó en oírle suspenso, confuso y admirado, así de haber oido el

modo y la discrecion con que Don Luis le habia descubierto su pensamiento, como de verse en punto que no sabia el que poder tomar en tan repentino y no esperado negocio: y así no respondió otra cosa, sino que se sosegase por entónces, y entretuviese á sus criados, que por aquel dia no le volviesen, porque se tuviese tiempo para considerar lo que mejor á todos estuviere. Besóle las manos por fuerza Don Luis, y aun se las bañó con lágrimas, cosa que pudiera enternecer un corazon de mármol, no solo el del Oidor, que como discreto ya habia conocido quan bien le estaba á su hija aquel matrimonio: puesto que si fuera posible, lo quisiera efetuar con voluntad del padre de Don Luis, del qual sabia que pretendia hacer de Título á su hijo. Ya á esta sazón estaban en paz los huéspedes con el ventero, pues por persuasion y buenas razones de Don Quixote, mas que por amenazas, le habian pagado todo lo que él quiso, y los criados de Don Luis aguardaban el fin de la plática del Oidor, y la resolucion de su amo, quando el demonio que no duerme, ordenó que en aquel mesmo punto entró en la venta el

barbero á quien Don Quixote quitó el yelmo de Mambrino, y Sancho Panza los aparejos del asno, que trocó con los del suyo: el qual barbero, llevando su jumento á la caballeriza, vió á Sancho Panza, que estaba aderezando no sé que de la albarda, y así como la vió la conoció, y se atrevió á arremeter á Sancho, diciendo: á Don ladron, que aquí os tengo, venga mi bacía y mi albarda, con todos mis aparejos que me robásteis. Sancho que se vió acometer tan de improviso, y oyó los vituperios que le decian, con la una mano asió de la albarda y con la otra dió un mogicon al barbero, que le bañó los dientes en sangre; pero no por esto dexó el barbero la presa que tenia hecha en el albarda, ántes alzó la voz de tal manera, que todos los de la venta acudieron al ruido y pendencia, y decia: aquí del Rey y de la justicia, que sobre cobrar mi hacienda me quiere matar este ladron salteador de caminos. Mentis, respondió Sancho, que yo no soy salteador de caminos, que en buena guerra ganó mi señor Don Quixote estos depojos. Ya estaba Don Quixote delante con mucho contento de ver quan bien se defendia y ofendia su





escudero, y túvole desde allí adelante por hombre de pro, y propuso en su corazón de armarle caballero en la primera ocasión que se le ofreciese, por parecerle que sería en él bien empleada la orden de la caballería. Entre otras cosas que el barbero decía en el discurso de la pendencia, vino á decir: señores, así esta albarda es mía, como la muerte que debo á Dios, y así la conozco, como si la hubiera parido, y ahí está mi asno en el establo, que no me dexará mentir, si no pruébensela, y si no le viniere pintiparada, yo quedaré por infame: y hay mas, que el mesmo día que ella se me quitó, me quitáron tambien una bacía de azófar nueva, que no se habia estrenado, que era señora de un escudo. Aquí no se pudo contener Don Quixote sin responder, y poniéndose entre los dos, y apartándoles, depositando la albarda en el suelo, que la tuviese de manifesto hasta que la verdad se aclarase, dixo: porque vean vuestras mercedes clara y manifestamente el error en que está este buen escudero, pues llama bacía á lo que fué, es y será yelmo de Mambrino, el qual se le quité yo en buena guerra, y me hice señor dél con legítima y lícita posesion: en

lo del albarda no me entremeto, que lo que en ello sabré decir, es que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del caballo deste vencido cobarde, y con ellos adornar el suyo, yo se la dí, y él los tomó, y de haberse convertido de jaez en albarda, no sabré dar otra razon, sino es la ordinaria, que como esas transformaciones se ven en los sucesos de la caballería: para confirmacion de lo qual, corre, Sancho hijo, y saca aquí el yelmo que este buen hombre dice ser bacía. Par diez, señor, dixo Sancho, si no tenemos otra prueba de nuestra intencion, que la que vuestra merced dice, tan bacía es el yelmo de Mambrino, como el jaez deste buen hombre albarda. Haz lo que te mando, replicó Don Quixote, que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento. Sancho fué á do estaba la bacía, y la truxo, y así como Don Quixote la vió, la tomó en las manos, y dixo: miren vuestras mercedes con que cara podrá decir este escudero, que esta es bacía, y no el yelmo que yo he dicho: y juro por la órden de caballería que profeso, que este yelmo fué el mesmo que yo le quité, sin haber aña-

dido en él, ni quitado cosa alguna. En eso no hay duda, dixo á esta sazón Sancho, porque desde que mi señor le ganó hasta agora (o) no ha hecho con él mas de una batalla, quando libró á los sin ventura encadenados, y si no fuera por este baciuelmo, no lo pasara entónces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trauce.

---



---

#### CAPÍTULO XLV.

*Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.*

¿QUE les parece á vuestras mercedes, señores, dixo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfian que esta no es bacía sino yelmo? Y quien lo contrario dixere, dixo Don Quixote, le haré yo conocer que miente, si fuere caballero, y si escudero, que remiente mil veces. Nuestro Barbero, que á